

PAGINAS NOTABLES DE LA LIDIA

TOROS.



PAGINAS NOTABLES

DE LA LIDIA.

TOROS.

Es propiedad del Autor.

PAGINAS NOTABLES

DE LA BIBLIA.



10-7

TOROS.

PAGINAS NOTABLES DE LA LIDIA,

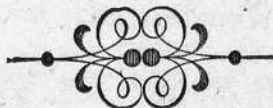
ESCRITAS Y DEDICADAS

A

FRANCISCO ARJONA GUILLEN.

POR

UN AFICIONADO.



MADRID.—1859.

IMPRESA DE D. ZACARIAS SOLER.

Pelayo 54.

TOROS.

PAGINAS NOTABLES DE LA LIDIA

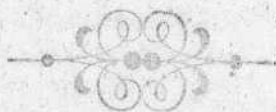
ESCRITAS Y DEDICADAS

A

FRANCISCO ARJONA GUILLEN.

POR

UN AUTORIZADO.



MADRID—1850.

IMPRESA DE D. NACARAS SOLER.

Polvo 31.

A Francisco Arjona Guillen.

Al hablar de nuestra fiesta nacional por excelencia, de nuestras corridas de toros, con todo el detenimiento que el asunto merece, ¿cómo no habia de consagrar este trabajo al que ha llegado á ser como el alma de dicho espectáculo? ¿Me habia de olvidar, por ventura, de dedicar esta COLECCION DE HECHOS NOTABLES DE LA LIDIA, al diestro que con su arte, valor, espíritu de compañerismo y prevision, ha suministrado los mas brillantes y lucidos? No, ciertamente; por lo tanto, aceptadla, como una prueba del afecto y simpatia que os profesa éste vuestro admirador y amigo

Nicolás García.

Al hablar de nuestra fiesta nacional por esta vez, en
 nuestras corridas de toros, con todo el entusiasmo que
 cuando merece, como no había de conseguir este trabajo
 que ha llegado a ser como el alma de dicho espectáculo. Me
 había de olvidar, por ventura, de haber esta vez en
 estas notas de LA LUNA; al mismo paso con su arte, su
 espíritu de compañerismo y precisión, ha suministrado
 los materiales y hechos, no ciertamente por lo tanto
 ocupada, como una prueba del afecto y simpatía que
 profesa este nuestro admirador y amigo.

Francisco Arjona

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

DE todo cuanto hasta el día se lleva escrito respecto á toros, no ha visto el público ninguna obra que envuelva una idea tan original como la que hoy en ella le presento. José Delgado (a) Hillo, primero, y después Francisco Montes, escribieron su *Arte de torear*; mas tarde, no faltó quien ofreciese dar una *Descripción circunstanciada de las corridas dadas en la corte, desde fines del pasado siglo hasta nuestros días*; y por último, años después, publicó cierto aficionado la *Historia del toreo*.

De dichas cuatro obras, el éxito favoreció á las dos primeras y á la última, fracasando la tercera al poco tiempo de ver la luz pública. Desde luego, el fatal resultado de esta obra, era inherente á los muchos obstáculos con que tenia que luchar su autor para que no dejara nada que desear, al mismo tiempo que sin desatender este requisito indispensable, ver de salvar el óbice primordial, la gran prolongacion de dicha obra, y por consecuencia su mucho coste al público. En cuanto al pensamiento de ella, examinado con independencia de semejantes trabas; si bien era de bastante utilidad para lidiadores, ganaderos y aficionados, decididamente, á mas de monótono, no debía satisfacer al primer golpe de vista el interés y la curiosidad de aquellos, en lo enlazados que forzosamente debian de hallarse los sucesos interesantes de la lidia, con otros enteramente indiferentes.

Apreciando, pues, esta verdad, es cuando mejor puede observarse el gran vacío que debía dejar dicha obra, entre lo vasto y supérfluo de su plan, y los deseos del aficionado; así como la gran necesidad de una, que, concretándose solo á hacer mencion de todos *los hechos mas*

notables ocurridos en la lidia, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias (en la plaza de Madrid y en las de provincias), pudiera de tal modo hermanar el interés y la curiosidad, con la sencillez y la economía.

Esto es lo que me he propuesto en el libro que hoy tengo el honor de presentar al público, al cabo de grandes desvelos, y despues de infinitos obstáculos que he logrado vencer, gracias á la constancia y energia desplegadas.

En él, ocurisimos serán, y faltos de interés, los hechos que no deje consignados; no debiendo sospecharse lo contrario, al observar en ocasiones, el largo tiempo que suele trascurrir en los sucesos, de una á otra fecha, pues esto es solo originado por la falta de novedad en ellos.

Aunque con lo dicho se hace esté libro muy recomendable, me ha parecido hacerle todavia mas, agregándole, por via de introduccion, un *Resumen apologetico de las corridas de toros*; así como tambien, adicionarle con algunos versos, propios del asunto de que en él se trata.

RESÚMEN APOLOGÉTICO.

De acuerdo con el erudito escritor don José María Carnerero, en algunas de sus observaciones sobre el asunto, muy oportunas al efecto, doy principio al siguiente Resúmen.

Todo cuanto se ha dicho en contra de las corridas de toros, en la mayoría por personas de un carácter escéntrico y envidioso, es insignificante y trivial. Ni la afición disminuye, ni se corrigen tan fácilmente las inclinaciones de todo un Pueblo. «¡Qué función mas atroz!» dice el estirado sábio, arqueando las cejas, y dándose aire de hombre meditando y filantrópico. «¡Malditos sean los toros!» esclama la nerviosa madama, atacada de sensibilitis moderna. «¡Espectaculo três-barbaro, mon Dieu!» prorrumpie el criticon de estrangis. ¡Y sin embargo, el sábio va á los toros; la meliflua damisela va á los toros; y el criticon estrangero va tambien á los toros. ¡Pues señor! ¿qué hay en esta diversion, tan criticada por muchos, y á la que al propio tiempo no dejan de acudir á presenciar esos muchos? ¿Qué hay de particular en este espectáculo tan abominable, que tanto reniegan de él, y que todos ansian verle? y esto, no en solo una ni en dos veces que se verifique, sino en todas ocasiones en que tiene lugar. ¿Qué ha de haber? una porcion de combinaciones interesantes, que mantienen el ánimo agradablemente suspenso; un placer, pocas veces interrumpido, al observar el triunfo del valor y capacidad del hombre sobre el poderio material de la fiera; un círculo que hace recordar los tiempos de la antigua Roma; un movimiento, un júbilo, una expansion comunicativa y generalizada, que hace, cuando hay toros, el dia mas alegre desde por la mañana hasta por la noche; un no se qué, en fin, que pone en movimiento á los carruages, en circulacion á las gentes, y que da á toda la ciudad un aspecto diferente de variedad y de vida.

Hay además, en las corridas de toros, un interés positivo; allí nada es ficticio, y si puede agitar al corazón el temor y la posibilidad de un azar desgraciado, también resulta una satisfacción cuando este azar no sucede.

Porque no hay que creer que nadie acude á estas funciones, persuadido de que va presenciando una desgracia: si se la creyese inevitable, las plazas estarían desiertas.—Prueba de ello, si no, el grito de ansiedad y sentimiento que resuena en toda ella, en el momento en que á un lidiador le amenaza un peligro evidente; prueba de ello, también, el aplauso y contento general de los espectadores, en cuanto se le vé salvo del mal trance.

No parece, al oír á tantos criticones, si no que los españoles vamos á las funciones de toros, para recrearnos en una catástrofe; ¡absurdo sin igual! Los españoles vamos á los toros, pero como he dicho, sentimos mucho que suceda esta misma catástrofe, gustando al mismo tiempo de los actos de galantería y destreza, y gustando, sobre todo, del carácter único y peculiar de nuestro país, que tanto se descubre en este espectáculo, cultivado por nuestros abuelos, aplaudido por los presentes, y que será probablemente, y con igual entusiasmo, admitido por nuestros tataranietos, mientras se diga la tierra de Dios, y mientras que por las venas españolas, en vez de la sangre que les es propia, no se filtre agua de achicorias.

Nada más sencillo en esta introducción, que pedantear ahora con textos de historia, erudición y con ejemplos de funciones públicas, no menos bárbaras que la tan *decantada* de los toros. Sin remontarme muy á las alturas de la antigüedad, y solo concretándome á lo que sucede en nuestros días, pueden citarse espectáculos y entretenimientos, que no por no ser de toros, dejan de ofrecer peligros inminentes. ¿A qué repetir ejemplos de bien terribles desgracias? Vayamos á Inglaterra; y veremos en esta famosa ciudad, hacerse apuestas inmensas sobre la mayor ó menor habilidad que ejerza un hombre sobre otro, para derribarle á mogicones, ensangrentarle el rostro y dejarle, en fin, muy mal parado, cuando no muerto de un golpe. En ambos casos, observaremos la alegría y el estúpido interés con que se presencia un entretenimiento tan repugnante. ¡Ya se ve! esto es de hombre á hombre, y como no se trata de nuestras corridas de toros, la cosa es más llana y sencilla. ¿Qué comparación puede haber, entre el caso de un pobrete á quien de un descomunal porrazo, hunde al otro la tabla del pecho, y la caída de un caballo que ha recibido una cornada? Así es como se juzga y se habla, como si todo lo que puede producir algún mal, no fuese igualmente merecedor á notarse, pertenezca al país que quiera, sin la esclusión de acriminar más al uno que al otro.

«Pero ello es que suceden desgracias.» Hé aquí el argumento favorito; suceden si alguna vez, como sucede que un obrero se desprende de un andamio y se mata; como sucede que el tiro de un coche se dispara, desbocados los caballos, y se precipita por un rivazo; como sucede que un postillon cae y le pasan las ruedas. ¿Y no ha de haber por esto obreros, ni

andamos, ni hemos de caminar en coche, ni entrar en carruaje alguno por temor de que vuelque? Está visto, lo mejor sería que no hubiese nada, ni se hiciese nada, porque todo tiene sus contingencias en este picaro mundo. «Pero se trata de diversiones públicas (me observarán), y no de casos accidentales.» Y con efecto, la observacion es terminante. ¡Como que no hay diversiones, mas que las corridas de toros, que ofrezcan riesgos! la cuerda floja del volatinero; el que marcha de piés sobre un caballo que corre al galope; el que salta un promontorio de aguzadas bayonetas, dando una entera vuelta en el aire; las montañas rusas; y tantos otros espectáculos de igual jaez que vemos todos los dias... esto (claro está)... esto no es nada, porque se estila en Paris, y porque se enseña en Londres, y porque se ejecuta en otras partes. ¡Los toros... los toros!... Aquí está el punto. ¡Como que los toros no se corren por esas tierras, y es solo cosa de esta en que hemos nacido!... Mal he dicho, que en una ciudad de Francia, tuvo lugar, en cierta ocasion, una corrida... ¡Pero qué graciosa! cada toro salia atado con una gran maroma, que desde el toril le cortaba el arranque, toda vez que el animalito queria hacer de las suyas; además, y para *alejarse el peligro*, tenia emboladas las astas. Los picadores salian armados con unas lanzas muy largas; ¡aquello era un prodigio de valor! tan bien tomadas las precauciones, que el mas topo y cobarde podia echarla de valiente, no siendo fácil que en ninguna ocasion se ofreciese tomar el olivo, por aquello de que hombre prevenido vale por dos. Resulta, pues, de esto: que un torero traspirinaico, es *mucho mas audaz, y tiene doble mérito*, que uno de los nuestros, engendrados en la moruna Andalucía.

Pero no se ha llegado todavia al punto principal, y en el que no se puede convenir en manera alguna con los detractores de las corridas de toros; lo he insinuado al paso, y esto no basta. El gran mérito de ellas, es el ofrecer una funcion en que nada se parece á las que tienen otras naciones, y, (digámoslo claro) en que es un espectáculo sin mezcolanzas ni galicismos; es neta, intrinseca y castizamente nacional. Son tantas las cosas de estrangeria que nos inundan; en modas, en libros, en lenguaje, en comedias y en todo, que bueno será que nos dejen nuestras corridas, que á nadie deben nada, que á ninguna otra diversion se asemeja, y en las que todito es fruta de nuestra tierra, y muy español, por la gracia del que todo lo puede. La plaza, sus tendidos, sus gradas y sus palcos; las chuscas que se oyen, los alguaciles que corren, las chirimías que suenan, las mulas con sus banderolas, los trajes de los lidiadores, los aplausos y las chiflas, todo es original y nuevo; el movimiento general, el interés que se difunde, los naranjeros, las aguadoras, los calesines, el gentío, la singularidad, en fin, del conjunto, todo contribuye á presentar la fisonomía del Pueblo mas risueña y amena, y á caracterizarle entre los demás. En algo hemos de ser nosotros mismos, ya que la moda quiere que en otras tantas cosas dejemos de serlo. Hasta en los estados y extractos que se publican de

las funciones de toros, encuentro un sello peculiar, un lenguaje no adulterado, una diccion propia, que suena mucho mejor que esas lastimosas traducciones que corren en griego, y que la prosa de esos célebres dramas eslabonados á la parisiense, y que tan mal se avienen con el lenguaje de Cervantes y Quevedo. Algo mas nos pertenecen las frases de los tales artículos, que las que se introducen en los de modas; á lo menos no se nos dirá que sean galicismos los *puyazos*, los *marronazos*, los *volapiés* y las *estampias*.

Cuado tanto se estrangeriza en el dia; cuando los de por *allá* hacen tantas incursiones entre nosotros; cuando en medio de este contagio, de esta e-trangero-mania, la funcion de toros subsiste boyante, y no es *cosa traducida*; cuando, en fin, los mismos estrangeros asisten á ella, y no pueden menós de encontrar allí un carácter privativo del país de los Cides y de los Gonzalos de Córdoba; ¿á qué esa mania de sentimentalismo afectado? ¿á qué, repetir tantas y tan gastadas sentenciotas, tan comunes como pueriles? ¿á qué ese anti-torerismo, de que no es partícipe la generalidad de las gentes? Definitivamente, y para terminar, las corridas de toros, apesar de sus inconvenientes, no superiores á los de otras muchas funciones, presentan un título recomendable, y tienen una relacion de méritos que decididamente las hacen mas admisibles: — ¿Cuáles? — La de ser una **funcion EMINENTEMENTE ESPAÑOLA**.

Terminado este *Resumen Apologético de las corridas de toros*, es llegada la ocasion de que principie á consignar todo lo mas notable ocurrido en ellas.

PÁGINAS NOTABLES DE LA LIDIA.

Fatal distraccion de unos operarios de la plaza de Madrid.

Siento no poder precisar la fecha del tradicional suceso que voy á referir, y que por sus circunstancias, y por ser el primero en su clase, ha llamado de tal modo la atencion, que todavía se habla de él, y le vemos reproducido hasta en aleluyas.

Aludo al fatal descuido que en cierta tarde, en que se celebraba una corrida en la plaza de la córte, tuvieron los operarios encargados de impedir que ninguna persona incompetente ocupe las barreras, y de que las puertas de estas se hallen perfectamente cerradas durante la lidia.

Sucedió, pues, que aprovechándose un vicho del momento en que habían descuidado este último cargo, abandonando prontamente el redondel, se dirigió (segun la verídica tradicion asecura), llevando clavados algunos pares de banderillas, hácia nuestro siempre concurrido paseo del Prado, y una vez habiéndole cruzado, encaminó su rumbo al paseo de Atocha, del cual salió con direccion á la muñozza, por una puerta que existia á la sazón en dicho tiempo, y que llamaban *de la Campanilla*.

Primera salida de Pedro Romero como matador.

Corria el año 1771, y Pedro Romero, este despues célebre matador que decia á sus discipulos: «El matador de toros debe presentarse al vicho enteramente tranquilo, y en su honor está no huirle nunca, teniendo el estoque y la muleta; no debe contar con sus piés, sino con sus manos, y una vez el toro derecho y arrancando, debe parar los piés, y matar ó morir.» Pedro Romero, repito, se presentaba por este tiempo en la plaza de *los Barrios* como matador.

En cierta tarde en que se lidiaban dos toros en dicha plaza, los cuales mataba Romero, el último, que se daba mal á la muerte, le hizo sufrir una leve cogida; pero cogida que, lejos de acobardarle para lo sucesivo, le hizo seguir su arte con mas afán y mayor valor.

Lance en el que se descubren los grandes conocimientos tauromáquicos de Pedro Romero.

A fines del siglo pasado, una de las muchas tardes que en la plaza de la corte trabajaban en calidad de espadas los célebres José Delgado (a) Hillo y Pedro Romero, hallándose aquel armado y dispuesto á dar á cierto vicho un volapié, le gritó Romero corriendo hácia él, (pues estaba á bastante distancia): «No le parta V., que va V. á ser cogido;» á estas voces Pepe Hillo volvió la cabeza, se sonrió de un modo despreciativo, y partiendo hácia el toro, éste arraucó ganándole terreno, y como dijera momentos antes Romero, sufrió una cogida de la que salió bastante mal parado.

Brazo de hierro.

Ocho toros de don José Jijón, debían lidiarse cierto lunes en la plaza de la corte, y Corchado, el famoso picador Luis Corchado, se habia comprometido, mediante una apuesta de 20.000 rs., á picar los vichos (alternando con otros dos compañeros) sobre el mismo caballo con que entrase en el redondel; pero no es esto todo; se le impuso, además, la dura cláusula de que dicho caballo habia de salir ileso, concluida la corrida.

Consideren ahora mis lectores la sorpresa que esta novedad causaria entre los aficionados, y el número tan considerable de ellos que se apresuraria á ocupar las localidades de la plaza. Así mismo, es de inferir los altercados y apuestas particulares á que daria lugar entre la multitud; y á la verdad, ¿quién, por mucha confianza que tuviese, por mucho poderío que reconociera en el brazo de Corchado, no se agregaria mas bien al bando de los que anticipadamente miraran fracasado el éxito de su apuesta? Sin embargo, según apuntes que tengo á la vista, puedo asegurar haber salido Corchado airoso en ella.

Fuera difícil describir el asombro que este resultado produjo entre los aficionados, tanto, que de boca en boca corria, creciendo la admiración.

Serenidad, maestra.

Celebrábase una corrida en Jerez de la Frontera, y trabajaba en ella como matador el susodicho Romero, habiendo estado feliz, durante la parte de lidia que iba vencida. Llególe la ocasión en que le tocó matar un toro muy receloso, y que concluyó por hacerse también de sentido. Romero, con su habitual serenidad y maestra, supo dar fin del vicho de una magnífica estocada recibiendo, y cuando ya las mulillas iban á sacarle del redondel, y se retiraba el matador á entregar estoque y muleta, oyendo las voces de «huye Romero, huye» volvió la cabeza y se halló con otro toro,

escapado al irlo á entorilar; Romero, siéndole ya imposible ponerse fuera de suerte, lo recibió, dándole una estocada tan asombrosa, que le dejó tendido á sus piés.

Muerte de José Delgado (Hillo).

José Delgado (a) Hillo, natural de Sevilla, murió en la plaza de Madrid el 11 de mayo de 1804; las circunstancias de cuya muerte fueron estas: despues de que dicho malogrado diestro hubo pasado de muleta al sétimo vicho, negro, y algun tanto corniabierto, se preparó Delgado para dar la estocada, y como el toro se terciarse algun tanto, dióselo cambiada, ó por el lado contrario; en lo violento de semejante suerte, quedó por un momento vacilante, de cuya vacilacion se aprovechó la res para avanzarle un poco, enganchándolo por el musto derecho; lo tiró al suelo en seguida, y recogiendo de él por la faja, nuevamente, le introdujo el asta por el estómago, y por mucho que el desgraciado Hillo se defendió con las manos para impedir se introdujera mas el piton, éste, no obstante, siguió penetrando segun lo exigia el peso del cuerpo, hasta que en esta lucha exhaló el postrer aliento.—El bravo José Romero, compañero de Hillo, dio muerte al toro, que de la manera referida, arrebató á los aficionados de aquellos tiempos una de sus principales notabilidades tauromaquicas.

Muerte de Francisco Herrera Guillen.

Este diestro ha sido tambien víctima de un toro, perteneciente á la ganaderia de don José Rafael Cabrera, lidiado en la plaza de Ronda el 20 de mayo de 1820; sufriendo Guillen la cogida estándolo recibiendo á la muerte. No es, pues, mi intención aludir á determinadas personas, al proferir las palabras que se me desprenden de la boca; pero la muerte de este aventajado lidiador, no hubiera ocurrido ciertamente, apesar de ser el vicho que se la dió, de muchisimo sentido, y nada dócil á la accion de la muleta, si parte del público con voces imprudentes, no le hubiera picado de amor propio; quizás mas aplomado con el toro, buscada la suerte sin la preocupacion que le produjeran las impertinencias y observaciones importunas que escuchára, habria triunfado de la indole perversa de este animal, como habia triunfado en diferentes ocasiones de la malicia y mala indole de otras reses.

Escuela de Tauromaquia en Sevilla.

El rey don Fernando VII. mostró una gran aficion hácia las corridas de toros, y mandó establecer en la ciudad de Sevilla, á instancias del conde de la Estrella, una *Escuela de tauromaquia* profusamente dotada,

y en la que se enseñaba la parte teórica y práctica del arte, por profesores experimentados. Hé aquí, copiada al pié de la letra, la real orden por la que, se mandaba establecer dicha Escuela. Es como sigue;

«INTENDENCIA DE LA PROVINCIA DE MADRID.—El Excmo. Sr. Secretario de Estado, y del Despacho de Hacienda, me comunica, con fecha 28 de mayo de 1830, la Real orden siguiente: *Circular*.—Al intendente de Sevilla, digo con esta fecha lo que sigue: He dado cuenta al rey nuestro señor de la memoria presentada por el conde de la Estrella, sobre establecer una Escuela de tauromaquia en esa ciudad, y de lo informado por V. E. en el citado informe, se ha servido resolver:—1.º Que se lleve á efecto el Establecimiento de tauromaquia, nombrando S. M. á V. E. juez protector y privativo de él:—2.º Que la Escuela se componga de un maestro, con el sueldo de doce mil rs. anuales, de un ayudante con el de ocho mil, y de diez discípulos propietarios, con dos mil rs. anuales cada uno:—3.º Que para este objeto se adquiriera una casa inmediata al matadero, en la que habitará el maestro, el ayudante y alguno de los discípulos si fuese huérfano:—4.º Que para el alquiler de la casa se abonen seis mil rs. anuales, y otros veinte mil rs. anuales para gratificaciones y gastos imprevistos de todas clases:—5.º Que las capitales de provincia, y ciudades donde haya maestranza, contribuyan para los gastos espresados con doscientos rs. por cada corrida de toros; las demás ciudades y villas, con ciento sesenta por cada corrida de novillos que se conceda, siendo condicion precisa, para disfrutar de esta gracia, el que se acredite el pago de dicha cuota, pagando los infractores, por vía de multa, el duplo, aplicado á la Escuela:—6.º Que los intendentes de provincia, se encarguen de la recaudacion de este arbitrio, y se entiendan directamente en este negocio con V. E., como juez protector y privativo del Establecimiento.—7.º Que la ciudad de Sevilla supla los primeros gastos, de las rentas que produce el matadero, y el sobrante, de la bolsa de quiebras, con calidad de reintegro. Lo que de Real orden, etc., etc.»

La utilidad de este Establecimiento, nos la han demostrado bien palpablemente con mil hechos brillantes en la lidia, la mayoría de sus alumnos, siendo de desear se volviese á abrir, hoy día, en que tanto escasean las notabilidades tauromáquicas, no por falta de disposicion en los individuos, sino por escasear los elementos de aprendizaje.

Pasmo a serenidad de Montes.

En la plaza del Puerto de Santa Maria, sucedió una tarde en que se verificaba una corrida, el siguiente lance, que entre otros muchos que mas adelante iré refiriendo, caracterizan á Montes, como á hombre de una serenidad á prueba de azares. Hallándose dicho lidiador departiendo con un suje-

to que estaba entre barreras, en ocasion en que se encontraba en la arena un vicho, á quien Montes suponía á bastante distancia; el alboroto de los espectadores le anunció su proximidad y peligro, del que salió el diestro, (cuando iba ya á ser clavado contra las tablas) á favor de un buen quiebro, marchando el toro por el terreno de afuera, y continuando Montes su conversacion con la mayor impavidez.

Descripcion de una corrida verificada en la plaza de toros de Madrid, el 14 de julio de 1828.

He creído, con la siguiente descripcion, secundar el pensamiento de la presente obra, pues en ella (en la descripcion) se hallan consignados varios hechos notables, cuya relacion por lo tanto, decididamente no desagrada á mis lectores.

Se lidiaron en dicha corrida seis toros, de los cuales el primero fué de la ganaderia de don Manuel de Gaviria, siendo el vicho boyante y bravo; tomó siete puyazos, y sin ser buscado por los picadores Cristóbal Ortiz y Juan Marchena (a) Clavellino, salieron los banderilleros y le pusieron solo un par de rehiletos, matándole, acto continuo Francisco Gonzalez (a) el Panchon, de una buena recibiendo, estando el toro á las tablas.

Segundo. De don Juan Dominguez Ortiz, vecino de Utrera con divisa pagiza y blanca, bravo; tomó seis varas, perdiendo Ortiz su caballo; le pusieron tres pares de banderillas, y le despachó Manuel Parra, de una asombrosa, llevándosele Córcoles corrido; despues de cuyo momento saltó el toro la barrera tras él, en donde decididamente hubiera sido cogido, á no haber salido muerto de manos del matador.

Tercero. De Ortiz, muy bravo; tomó veinte varas, mató un caballo á Clavellino y otro á Ortiz; éste sacó otro en seguida, que tambien se le hió. Recibió el vicho un par de banderillas, y le mató Gonzalez de una baja recibiendo: mas, la entereza con que el toro se hallaba, le dió lugar á bregar mucho con el estoque en el cuerpo, en términos, que en una de las estampias que hizo, molestado por los muchos capotazas, se encontró con el matador, quien, tratándolo de burlarle con la muleta por el lado contrario, para correrse por el derecho á la barrera, le llevaba ya cogido, en cuya disposicion, haciendo uso de la fuerza de sus brazos, y formando punto de apoyo en el piton derecho, dió una media vuelta, saliendo de la cabeza del toro.

Cuarto. De Gaviria, muy bravo; casi siempre llegó; mató un caballo á Clavellino y dos á Ortiz, dando éste una gran caída, que se hizo de mucho peligro, pues estando en el suelo con una pierna debajo del caballo, y el toro tirando derrotes á éste en todas direcciones, hubiera sin duda alcanzado alguno de ellos al ginete, á no haberlo alanceado con la garrocha Manuel Parra, haciéndole salir de estampa al dolor de los puyazos. Por

último despues de recibir trece, de mano de los picadores, dos pares de banderillas y una magnífica estocada recibiendo que le puso Parra, el procedente de los bravos Jijones sucunvió.

Quinto. De Gaviria, bravo, pero blando; recibió siete varas, par y medio de banderillas, matándole Gonzalez de un pinchazo á volapié, dándole las tablas, una baja atravesada, tres en hueso á volapié, y cuatro pinchazos á paso de banderilla, habiendo tomado dos veces la barrera. Si por la heroica accion que ejecutó en la muerte del tercer toro, mereció y obtuvo del rey la gracia de una pensión, con lo desacertado que anduvo en éste se ganó por parte del público una bien merecida rechiffa.

Sesto. De Ortiz, cobardon; tomó cuatro pullazos al paso; le pusieron cuatro pares de banderillas, y concluyó á manos de Lorenzo Badén, de una en el brazuelo, recibíendole, sin pasarle antes de muleta.

¡Por un capote!

En el primer toro, que era de Gaviria, (corrida celebrada en la plaza de Madrid, el lunes 18 de agosto de 1828) habiéndole puesto una vara el aventajado Sebastian Miguez, y cuando salia ya de la suerte, echando por delante al toro, reparó éste en un capote que se hallaba en el suelo, y al volverse para recogerlo, empenó doblemente su atención el caballo que montaba Miguez, recargándole codicioso, enganchándole por el lado contrario, y tirándole á tierra en lo violento de la carrera; resultando de todo, que tuvieron entre cuatro que retirar al picador á la enfermería, con una contusion cerebral, de la que volvió en breve, pero le fué imposible seguir trabajando, á causa del fuerte golpe que recibiera en el ojo derecho, el cual le quedó oculto por la gran inflamación que le sobrevino. Diré aquí, aunque ninguna relacion tenga con el epigrafe que sirve de encabezamiento á este párrafo, y solo por lo que tiene de extraño en el famoso lidiador que anduvo tan desacertado, que al citado toro le mató Antonio Ruiz (el Sombrerero) de diez y ocho pinchazos, una estocada atravesándole el pescuezo y otra baja, las dos á volapié; habiendo sido desarmado dos veces.

Desgracias.

Al dar Francisco Gonzalez el primer pase al natural (25 de agosto) al segundo toro, recibió un varetazo con la vuelta del cuerno, en la parte anterior de la tibia de la pierna izquierda, cayendo en tierra; mas volviendo el toro sobre el espada, tuvo éste tal serenidad, que hallándose con estoque y muleta, se preparó á la defensa, y al meterle la cabeza, arrojó el estoque al tendido número 15, resultando una mujer y otro individuo heridos, retirándose á la enfermería Gonzalez.

Espíritu de compañerismo.

Habiendo el cuarto toro de la corrida acabada de citar, echado á rodar á Cristóbal Ortiz, quedando á cuerpo descubierto, llegó su compañero Juan Marchena, á tiempo que el toro le iba á recoger, y echándose con su caballo sobre el vicho, le plantó un puyazo, sacando de este modo á Ortiz de tan arriesgado lance.

Tan loable rasgo de *compañerismo*, le fué recompensado por sus compañeros en ocasiones semejantes; entre ellas, puedo citar una. Estando dicho lidiador (22 de setiembre de 1829) á riesgo de caer del caballo, por tener á éste enganchado el cuarto vicho, llegó Sebastian Miguez á quitarsele, y de qué manera se meteria con el toro, que sacó herido el caballo.

Pero ya era esta la segunda vez que Miguez libraba tan intrépidamente á sus compañeros en el referido año; pues en el quinto vicho de los seis plazeados el lunes 4 de mayo, dió un porrazo el picador Juan Martin (el Pelon), quedando á discrecion del toro, lo que visto por Miguez, previéndosele el peligro que corria si el animal le arrancaba, sacó á Martin del conflicto, de la manera que he dicho lo verificó con Juan Marchena.

De este modo, el lidiador de á caballo, así como el de á pié, debe dejar de ser, en lances peligrosos, pasivo espectador.

Rebeldia de un toro.

Al conducir hácia la plaza el ganado que se lidió en la corrida dada en Madrid el 25 de agosto de 1828, uno de los vichos se declaró libre y tomó las de Villadiego. Por tres veces se intentó encerrarle, y en otras tantas, volviendo grupa, se encaminó con direccion hacia la muñoza, en cuyo sitio se determinó al fin dejarle permanecer, vista la obstinacion del animalito, y para evitar otras desgracias que las que ocasionó en dichas escursiones, habiendo herido gravemente á un chico y á un adulto, como así mismo á dos caballos de los vaqueros.

Dos toros pacíficos.

El tercer vicho (14 de setiembre), de la ganaderia de don Benito Lopez Torrubia, interin Manuel Parra pedia la venia, y despues de haberle puesto cuatro pares de banderillas, se echó el vicho, logrando á fuerza de capotazos que se levantára. Otro tanto sucedió con el quinto toro, de Güendulain, lidiado en la corrida del 28 de junio de 1830.

Un quiebro á tiempo.

Habiendo mandado el rey don Fernando VII, (3 de marzo de 1829) presidente á la sazón de la corrida de dicho día, que soltáran algunos perros de presa al sexto toro; al cruzar Roque Miranda á comunicar dicha orden, desde la puerta de Madrid á la del Arrastradero; el toro, que estaba entablado casi en el intermedio de dicha direccion, le partió soslayado: el diestro, sin capote ni objeto alguno de defensa, trató de salirse del riesgo por piés, pero viendo que no podia ser, pues se hallaba á mas de los tercios de la plaza, hizo un quiebro con tanta precision y limpieza, que logró salirse de la cabeza del toro, en el momento mismo en que éste habia humillado para recogerle.

Casualidades.

El 27 de abril comenzó la temporada de toros, en el año á que me vengo refiriendo, siendo el tal dia fecundo en azares tauromáquicos.—El primer toro (de Muñoz), de los lidiados por la tarde, en una de las salidas que hizo el banderillero Pichoco, le dió un varetazo debajo del brazo izquierdo, del que cayó al suelo sin que el toro le recogiese.

En el cuarto vicho (de Manzanilla) el mismo Pichoco fué cogido, echándolo al aire, y le dió algunos revoleones, dejándole sin lesion alguna.

El segundo toro (de Torrubia) le mataba Leon, y lo hizo de una buena á volapié, en la que fué cogido y echado al suelo, donde le recogió sin levantarle, y habiéndose salido, se revolvió el toro prontamente, y Leon le dió otro pase de muleta con serenidad. Le remató el cachetero.

En la corrida verificada el 31 de agosto del mismo año y en el tercer toro (de Vazquez) que era flojo, le dió Leon una corta bien dirigida, quedando desarmado y pegado á las tablas á merced de la fiera. Esta pasó sin cabecear y fué muerto en los tercios de una bien dirigida á paso de banderilla.

Dos desgracias en una.

A Cristóbal Ortiz, en la tarde del 7 de setiembre, del año á que me vengo refiriendo, el segundo vicho (de Lizaso) le rompió la pierna izquierda. Es de advertir que al poco tiempo comenzó á llover de tal manera que con este vicho se tuvo que dar por concluida la corrida.

Banderilleros-espadas.

Manuel Romero Carreto y Manuel Parra fueron los espadas anunciados para matar los seis toros que en plaza dividida se lidiaron el 14 de setiem-

bre del 29, y tuvieron el capricho que, ciertamente, jamás he presenciado, de banderillar tambien sus toros respectivos. De esta manera dieron holgura á los banderilleros.

Valor á toda prueba.

En la corrida celebrada el 28 de setiembre, Juan Leon se propuso descabellar el tercer vicho (le habia ya dado una estocada, el toro se habia echado y el puntillero le habia hecho levantar); y como no lo consiguiese, amostazado, pidió la puntilla, y afirmándose en el asta izquierda, atronó al toro con mucha destreza.

Horroroso asesinato.

Salió Juan Leon á dar muerte al quinto vicho (19 de octubre), y despues de un pinchazo y tres estocadas cortas á media vuelta y paso de banderillas, el presidente mandó sacar la media luna; principiando el matador, á la vista de este instrumento, á esgrimir el estoque menudeando las estocadas, saliendo en todas direcciones; la cuadrilla, por su parte, tambien se picó de amor propio, y echándose sobre el toro; el uno le asestaba con la puntilla un sin número de pinchazos, el otro (el cachetero) intentaba desjarretarle, y á las veces el maestro hacia sus salidas correspondientes, para propinar al pobre animalito nuevos pinchazos. El cachetero, por fin, salió airoso en la faena que le fué confiada. Esta demasiada oficiosidad de la cuadrilla, en casos semejantes, tratando de impedir la realizacion de un acto, que no siempre recae en menoscabo de la reputacion del matador, esta oficiosidad, digo, tras de no producir su efecto la mayor parte de las ocasiones, ofrece el desagradable y anti-tauromáquico cuadro que acabo de trazar.

¿Qué torpeza!

Parece que algun Génio maléfico hubiera de intervenir con su influencia en la mencionada corrida, segun lo desafortunado que anduvieron los diestros. Al tercer vicho, el banderillero Pichoco, tuvo pues, que dar la puntilla, vista la inutilidad del cachetero, que dio lugar con su torpeza á que el toro se levantára un sin número de veces.

Cogida del matador Manuel Parra.

Tengo entendido, que la cogida que dicho lidiador sufrió el 26 de octubre, en la plaza de la corte, fué la que algun tiempo despues produjo su muerte. Hé aquí los pormenores de la referida cogida. Al primer pase de

muleta que dió á su tercer vicho (último de la division de plaza), salió el toro con él, y arrojado contra la barrera, lo enganchó por el mollar del muslo izquierdo, arrojándole al suelo, despues de haberle tenido suspenso en la cabeza durante algunos momentos.

Retiraron á Parra, y mató al toro Antonio Calzadilla, de una un poco baja.

Voz del Pueblo; voz del Cielo.
En ninguna ocasion, mejor que en la presente, pudo el banderillero Gregorio Jordan hallar la aplicacion de este dicho vulgar; pues hallándose distraido, en cierto momento en que se encontraba en la arena el tercer vicho de los lidiados el año 1830, en la primera mitad de la tercera corrida, partió hácia él, y á las voces y gritos del público, volvió la cara, y no le quedó otro recurso que tirarse á tierra, habiendo rebrincado el toro y salvado el bulto.

Mal principio de corridas:
En Corriendo al primer vicho, de Gaviria, (segunda mitad de la cuarta corrida) el banderillero José Calderon (a) Capita, resbaló, y caido, le tiró el toro un derrote, que afortunadamente no tuvo mas consecuencias que la de haber sacado roto el calzon.

En la siguiente funcion, á la segunda vara que recibió el primer vicho, salió de la suerte con tal rapidez, que sin dar tiempo á Roque Miranda para hacer el quite, le recogió y volteó sobre la cabeza, sin engancharlo. Atolondrado por haber recibido el golpe en la cabeza, quedó descubierto y á discrecion de la fiera, que no hizo por él, por partir el caballo del Pelon, que á la sazón ocupaba casi el mismo terreno. Condujeron á Miranda entre barreras, de donde salió á pocos minutos, recibiendo muchos aplausos; los que se redoblaron, cuando algun tiempo despues mató al toro (por cesion de Leon) de una buena recibiendo.

Convalecencia de Juan Leon.

En la segunda mitad de la sesta corrida (1830), salió á matar Leon el tercer toro (de Vazquez), convaleciente de una enfermedad que habia sufrido, y despues de haberle pasado dos ó tres veces, se armó y le dió una estocada recibéndolo, pero revolviéndose el toro á la salida, le hirió en la nalga izquierda, quedando pegado contra la barrera, en cuya situacion le tiró un hachazo, del que pudo librarse, agachándose sobre el estribo; lleváronse al toro, Leon se fué á la enfermeria, y armó la muleta Manuel Lucas Blanco, que le dió una estocada junto al lomo, saliendo al toro soslayado; menos mala fué la segunda que le dió, de la que cayó al hacerle Monge un recorte.

Primera salida del picador Diego Luna.

El jueves 1.º de julio, se presentó á trabajar por vez primera en la plaza de Madrid, el picador arriba indicado, el cual, al quinto toro (de Gáviria) corriendo el vicho á las tablas, y partiéndole, le cogió en lo violento de la carrera, arrojándole con tal ímpetu, juntamente con el caballo, que le retiraron á la enfermería sin sentido, y tan mal parado, que me han asegurado falleció á los dos ó tres días.

Gente de provecho.

En la corrida del lunes 19 de julio, en la del 2 de agosto, en la inmediata del 17 y en varias otras del referido año, solo lograron poner los chulos una banderilla á mas de un vicho; y esto, después de mucho bregar. ¡ Bien por los hombres cruos! Pero aun hay otra *hazaña* que referir de dos de estos *aprovechados mozos*, y es: que al sexto vicho de la ya citada corrida del 17, como no lograsen ponerle banderillas de fuego Juan Miranda y José García (a) la Liebre, manifestándose impaciente el público, salieron Jordan y José Usa (a) Galleguito y le pusieron cuatro parés.

Sucesos anti-tauromáquicos.

En las cinco corridas de toros y dos medias, verificadas en este año en Aranjuez, se vieron jances tan sumamente estraños y tan repugnantes al arte de Romero y de Montes, que estoy seguro de que jamás se volverán á reproducir, mientras existan entre diestros y presidentes de plaza, personas que siquiera hayan visto toros.

Se vió en una de las dichas funciones (la 2.ª) mandar poner banderillas á un toro, y no pudiendo ponerle mas que una, cambiar la orden y mandar que le echáran perros.

En la misma corrida (por la tarde) se presentaron Jordán y Juan Miranda, dos para desjarretar un toro! Pero no hay que estrañarse, porque ni aun siendo dos para la faena, pudieron terminarla, en vista de lo que se dispuso nuevamente que muriese el toro entre los dientes de cuatro canes de presa.

En la verificada en la mañana del 29 de mayo, siendo inútiles las tentativas que se hicieron para poner banderillas al cuarto vicho (de Hidalgo), pasó al último tercio ó suerte de la lidia.

Al quinto toro, á quien tuvieron que desjarretar, confiada sin dudo S. M. el rey, en la *habilidad del puntillero para ejecutar esta operacion*, mandó sacar dos medias-lunas, y con efecto, las dos prestaron su servicio.

Por último, en tres ó cuatro de dichas corridas, se vió á Juan Miranda desjarretar y estoquear varios toros, guarecido *el diestro* entre barreras.

Arrojo del picador Francisco Sevilla.

En el quinto vicho de la corrida verificada en Madrid (25 de octubre), le jóven Sevilla, que hacia veinte y un dia que por primera vez se habia presentado á trabajar ante el público madrileño, cayó al segundo puyazo, y como se le viniera encima la res, con la mayor serenidad se agarró á la mano y oreja de ésta, en cuya actitud permaneció, hasta que los de á pié se la llevaron. impidiéndole el gefe de cuadrilla el que se lanzase á ella con el capote, con intencion de sortearla, derribándola despues á brazo; cuya gallarda y peligrosa suerte, habia ejecutado con buen éxito en diferentes plazas.

Cogida de Montes en la plaza de Aranjuez.

Al quite que hizo este diestro (5 de junio de 1831) en la cuarta vara que puso Juan Martin al toro segundo, de Bañuelos; se le llevó hasta la barrera, la que no quiso tomar, pasándolo y repasándolo muy ceñido á ella, por lo que, siendo el toro estremadamente celoso, cuando Montes quiso salirse y tomarla, lo recogió y volteó de uno á otro piton, despidiéndolo contra las tablas, causándole una herida peligrosa, entre otras de menos gravedad.

Es digna de censura la apatia que en salvar á Montes mostró su compañero Roque Miranda en esta ocasion, pues, segun cierto sujeto que presenció la catástrofe: «á la distancia, y en la disposicion en que se hallaba Roque cuando ocurrió, el lidiador mas torpe, el menos oportuno para prestar auxilio en estos lances, hubiera libertado á Montes de ser recogido por el toro.»

Ascension de un toro á los tendidos.

Si en el año anterior, un vicho de don Hermeagildo Diaz Hidalgo habia en cierta corrida intentado trepar hácia un tendido; el cuarto toro (de Vazquez) de la corrida verificada en Aranjuez el 12 de junio, despues de haber recibido dos varas de Cristóbal Ortiz, al tomar la segunda de Juan Pinto, saltó la barrera sin tomar carrera, salvando las maromas hasta el tendido número 2 á la 4.^a grada, avanzando hácia el tendido número 6; en donde los Voluntarios realistas intentaron detenerle con las bayonetas y sables; y los Mirandas y el Tiñoso con los estoques lograron matarle en el tendido número 3, á donde retrocedió, y fué degollado próximo á las maromas por un matachin.

Afortunadamente, no hubo mayores desgracias que lamentar, que algunas ligeras contusiones.

Torero de sangre azul.

Anunció la empresa de la plaza de toros de Madrid (13 de junio), por aviso separado, que á beneficio del Establecimiento piadoso, mataría uno ó mas toros el caballero don Rafael Perez de Guzmán, y con efecto, mató el primero y cuarto; á aquel de una en hueso, tres cortas recibiendo, otra buena á volapié y otra corta; y á este, de una buena recibiendo y otra igual á volapié, dándole las tablas. A la primera vez que recibió al toro, se fué el estoque por alto sin coger carne.

Vaya un pár!

Habiendo dado Pedro Sanchez (a Noteveas (27 de junio) una estocada en hueso y dos ó tres pinchazos al sexto vicho, de Freire, se mandó desjarretarle; pero el cachetero se dió tan buena maña, probando á ejecutar este mandato, que pasado mucho tiempo sin conseguirlo, tuvo por oportuno el presidente disponer que retirásen el toro al corral.

Corrida notable.

Temiendo traspasar los límites del asunto que me he propuesto en esta obra, dejó ahora de consignar, de un modo detallado, lo ocurrida en la décima media corrida del año á que me vengo refiriendo, y la que tuvo lugar el 11 de julio, y fué una de las mas notables por razon de circunstancias. Referiré, no obstante, las que me parecen mas dignas de que se fije la atención.

En la corrida y en el día mencionado, se presentó, restablecido de las heridas que recibiera en la plaza de Aranjuez, el célebre lidiador Francisco Montes, el cual, y Juan Leon, lograron entusiasmar al público madrileño: aquel saltando perfectamente con la garrocha y al tras-cuerno al cuarto toro, habiendo dado al primero cuatro galladas y matado de una buena recibiendo; y éste, usando la atencion de ceder á Montes la muerte de su primer toro, poniendo al cuarto tres pares de banderillas con mucha limpieza y gracia, despues de que le hubo saltado al tras-cuerno, y despachando sus vichos (segundo y quinto) con bastante aplomo.—En esta funcion, además, se corrieron por vez primera en el redondel de Madrid, toros de la ganadería de don Francisco Rivera, que en union de otros de la de don Fernando Freire y don Gaspar Montero, sobresalieron en términos de no dejar que desear á los aficionados. Por último, pondré en conocimiento de estos, que en dicha corrida fué en la que hizo su debut el picador Andrés Hormigo, y por cierto con escasa fortuna, si no con sobrada torpeza, que dió tres marronazos, llevó ocho tumbos y perdió otros tantos caballos.

Primeros toros lidiados en la plaza de Madrid, pertenecientes á la hoy acreditada ganadería de don Luis Maria Durán.

En la tarde del 2 de agosto, salió el tercer toro de la corrida décima tercera, y primero de los que en años posteriores se han lidiado de dicha ganadería de Durán. El animalito fué tan cobarde, que mereció le pusieran seis pares de banderillas de fuego, despues de cuya suerte, le mató Montes de una asombrosa estocada recibiendo. Inmóvil como una estatua, el toro, hubiera dado mucho que hacer, si Montes, tan sereno como diestro, no se hubiese encerrado con él, dándole una estocada digna de los tiempos del inmortal Pedro Romero.—El segundo vicho de Durán, que salió al redondel en el quinto lugar, fué bravo y llegó siempre á los caballos, pero no hirió más que levemente al de Sevilla, á causa de ser muy corniabierto.

Primeros toros lidiados en la plaza de Madrid, á nombre de don Elias Gomez.

Hasta la vigésima media corrida (6 de octubre), los toros lidiados de esta ganadería, que pertenecian á don Juan Lopez Briceño, habian salido marcados con unas tenacillas sobre la nalga derecha; pero los dos que se corrieron en ella, así como los que sucesivamente se lidiaron de dicha vacada, fueron marcados con una G.

He aquí las hazañas de los dos vichos que ostentaron este distintivo en la tarde y corrida á que me he referido.

Tercer toro. No se determina su calidad por estar divididas las opiniones; lo cierto es, que tomó cuatro varas, dió dos porrazos y mató un caballo á Sevilla. Montes, con el capote terciado, se situó en el centro de la plaza, y buscó ocasion en que viéndole el vicho le partiese; pero el animalito se hizo el desentendido por largo tiempo, hasta que buscado en todas direcciones, tendió la capa por detrás, y á duras penas y con frialdad, tomó dos suertes, matándole poco despues el mismo diestro, de una esca+lente recibiendo.

Cuarto. Cobarde; no tomó vara alguna; Montes, despues de varios cites, logró saltarlo con la garrocha, despues de cuya suerte, pusieron al vicho dos pares de banderillas de fuego, intentando al sentirle, saltar dos veces la barrera.

¿Quién, al ver estos vichos tan flojos y cobardes, habia de decir que sus descendientes llegáran, como hoy han llegado, á alcanzar un justo renombre á esta ganadería?

Corrida de novedades.

La verificada el lunes 17 de octubre, lo fué ciertamente; vayan si no observando mis lectores: fué extraordinaria; se lidiaron diez toros, cuatro en plaza entera y seis en division; Montes mató cuatro toros (los de plaza entera); se presentó por primera vez, como uno de los matadores de la division de plaza, el jóven José de los Santos; éste despachó sus tres toros de otras tantas estocadas; y por último; se presentó así mismo á picar por vez primera, en plaza dividida, el lidiador Antonio Rodríguez.

Tres al sacco.

el Habiendo sido Francisco Hormigo tirado á tierra (corrida celebrada el 7 de mayo de 1832, primera de la temporada) por el segundo toro, y quedando éste corneando á su caballo; echó Sevilla encima el suyo, con intencion de distraer al vicho, plantándole un puyazo; pero al intentar esto, quiso la mala suerte que tropezase su jamelgo con el de Hormigo, viniendo ginete y caballo á tierra; sobre el caballo y ginete que se hallaban ya en el suelo.

Corrida de desgracias.

En el primer toro (14 de mayo), y á la cuarta vara que puso Manuel Gonzalez, recibió dos cornadas en un solo derrote, en la parte interior del muslo derecho, saliendo en se reemplazo Juan Martin, el cual tuvo tambien que retirarse, á consecuencia de una fuerte caída, despues de puesta la tercera vara al cuarto toro; Sevilla sufrió así mismo una caída de las llamadas de *zapatilla*, en la que perdió el sentido, dislocándose el hombro izquierdo. En el primer par de banderillas que puso Rafael Rodriguez al primer vicho, salió á media vuelta encontrado, pero los derrotes del animal le hicieron le pusiera á ganchete, y al encontronazo perdió tierra y cayó; el toro entonces hizo por él, y levantándole, al volverle á tirar le dió en el pecho un fuerte varetazo, á consecuencia de lo cual, marchó á la enfermería. Tambien tuvo que retirarse á ella, muy mal parado, Antonio Montañó, pues corriendo el diestro al cuarto toro, saltó éste la barrera en su seguimiento, cogiéndole en la cabeza y echándole á las maromas.

Un Realista y un toro negro.

Corriéndose el cuarto toro (10 de junio), negro y de la ganaderia de Ortiz, saltó dos veces la barrera, cogiendo en la primera á un Voluntario, realista que se hallaba de servicio, y sacándolo al redondel por la puerta del chiquero; le causó dos contusiones, una en la frente y otra en un costado.

Lance extraordinario.

don Antonio Ruiz (el Sombrerero), de quien ya he hablado en otra ocasion, tuvo la desgracia (12 de junio) de recibir una herida en la parte lateral exterior media del muslo izquierdo, causada con la punta de una garrocha, que saltó como una flecha, dirigiéndose hácia el diestro, en la violencia con que la despidió el primer toro al recibir una vara, para el quite de cuya suerte se hallaba Ruiz no muy distante, como se deja comprender, del sitio en donde se verificó.

¡Cosas de mundo!

¡Qué ageno estaria el banderillero conocido por el Loro, al comenzar la corrida del 18 de junio, de que iba á salir inutilizado en ella, no por un toro, sino por un caballo! y sin embargo, tal aconteció, habiendo recibido un par de coces, que le produjo una contusion en el pecho, y otra en la parte media del muslo izquierdo.

Igual desgracia aconteció á Montes (17 de setiembre), al tiempo de ir á retirar del recargo al primer vicho, por lo que el diestro quedó impedido de seguir trabajando en dicho día.

Obstinacion por una parte, y falta de recursos por otra.

El quinto toro (16 de julio), de don Juan Dominguez Ortiz; bravo, codicioso y arrancando de largo, despues de tomar nueve varas saltó la barrera, recorriendo una vez desde la puerta del Arrastradero hasta el pilarote del toril; allí se atrincheró, y fueron inútiles *todos los medios empleados*, para hacerle abandonar el sitio y salir al redondel, lo que tomado en consideracion por el presidente, dispuso que en la misma querencia le matara el cachetero con un estoque. Así se verificó, y saliendo las mulillas, volvieron á retirarse libres del carguio, porque los operarios tuvieron por menos molesto correr el toro hácia la parte de adentro.

Parece imposible el haber tenido que apelar á matar el toro de la manera, y en el sitio indicado, conociéndose mil recursos para hacer abandonar á los toros sus querencias naturales y accidentales.

Muerte de Cristóbal Ortiz.

En los días 25 y 27 de agosto se verificaron en Almagro (Mancha) dos corridas de toros; parte de éstos pertenecian á la señora de Bringas, de Villarrubia, parte de Gaviria y algunos navarros; Cristóbal Ortiz, su sobrino Manuel y Juan Perez, fueron á picar desde Sevilla, contratados por el

primer espada don Rafael Perez de Guzmán. La casualidad hizo, que los toros de la primera corrida saliesen todos á cual peor; que los toreros, especialmente los matadores, estuviesen desgraciadissimos, y que el público quedase sumamente disgustado, de que resultó que la entrada de la segunda funcion fué menos concurrida. Unicamente, el viejo Ortiz, habia sobresalido poniendo algunas buenas varas; pero en la tarde tuvo que retirarse, por haberse estropeado una muñeca. En la mañana del 27 se corrieron cuatro toros, y en contraposicion á los anteriores, salieron todos á cual mas bravos y valientes. El primero de Villarrubia, mató cinco caballos; el de Gaviria, tomó diez y ocho varas á ley; ambas reses eran de una presencia arrogante, y los toreros todos, á porfia, llenaron completamente su deber; el tercer toro, fué un utrero de Villarrubia; pequeño, de trapío bastante despreciable y ahanto hasta huir de su propia son hra. Los picadores Manuel Ortiz y Juan Perez, ufanos con el cúmulo de aplausos que el público les prodigó en los dos toros primeros, cometieron la gran imprudencia de mirar con desprecio al animal; púsose el segundo de aquellos en espera, y al tiempo de arrancarle el toro, el caballo, que era malo, y que estaba malisimamente embriado, salió á escape, y al alcanzarle el toro, arrojó al ginete con tal violencia que quedó sin sentido por muchos minutos. Cebóse el vicho en el caballo hasta dejarlo muerto, y en seguida embistió á Manuel Ortiz, quien lo recibió con una buena vara, pero no bastó el hierro á contenerlo, y caballo y picador vinieron á tierra, quedando éste tambien fuera de servicio, por la fuerte contusion que hubo de recibir en la cabeza. El viejo Ortiz, que como dije, se resentía del golpe en la muñeca, no pudo, apesar de esto, mirar con indiferencia que la plaza quedase abandonada; toma la garrocha y corre á la palestra. El embravecido toro, en cuanto le vió, se arrojó á él y tomó bien la vara; pero no se detuvo el caballo, que en lo indemito escedia al toro; lo mismo fué sentir el asta de éste sobre el vientre, que salir botando furiosamente, y dando asi ocasion á que le metiese la cabeza por bajo, subió con el empuje unas dos varas, desde cuya altura perdió el picador la silla, cayendo de cabeza contra el suelo. No hizo el infeliz el menor movimiento. Cuando le levantaron, se vió que estaba sin conocimiento; mas volvió en sí á poco, diciendo: «me muero, me muero»; y, efectivamente, antes de veinte horas ya era difunto. Tal fué el trágico fin de este desgraciado, á quien la muerte y los peligros respetaron durante el dilatado período de cuarenta años que sin interrupcion invirtió en este arte, viniendo á morir á la plaza de las Nieves, donde habia hecho sus primeros ensayos, en ocasion en que era su idea despedirse para siempre en el mismo país, como lo verificó por completo.

la tauromaquia, del catedrático de Paquiro, necesariamente habia de llamar la atención; así es que á las tres y media (15 de octubre), ya estaba el circo enteramente lleno. Despues de la llegada de S. A. el infante don Francisco de Paula Borbon, hecha la señal deseada, todas las miradas se dirigian hácia el sitio por donde debia salir el adalid, al que no bien divisaron, cuando una salva de aplausos tributó un justo homenaje al maestro que tan hábilmente supo trasmitir el arte á su discípulo, pues en dicha tarde dió á conocer Cándido la misma serenidad y maestría observadas en Montes, aunque desde luego la falta de agilidad, demostró que no en vano habian pasado los años. Al primer toro le mató de una particular recibiendo, y de otra algo baja á volapié, dando al quinto una en hueso recibiendo y dos algo bajas á volapié, retirándose á la enfermería por haberse herido la mano derecha con la espada; pero, volviendo á salir, tendió la capa al octavo toro, sacándole dos lances al natural, no pudiendo seguir sorteándole, por partir el vicho hácia donde se hallaba Montes, el cual le hizo cuatro recortes seguidos y muy difíciles, atendiendo á lo mucho que se ciñó en ellos. Al tercer toro le saltó al tras-cuerno con la capa puesta, haciéndole tambien el *bú*; matándole de una corta y otra regular, recibiendo, logrando descabellarlo á la segunda vez que lo intentó. Al sétimo vicho le mató de una algo baja recibiendo.

A pares.

Aurrído, sin duda, el segundo toro (11 de abril de 1842) de hallarse encerrado en el chiquero, desde cuatro horas hacia, rompiendo la puerta, salió al mismo tiempo que otro de don José Arias Savedra, á quien primero correspondia presentarse á la lid; para que todo fuera particular, salió el uno cangrejeando, es decir, andando hácia atrás, y corni-enlazado con su compañero. Salieron los cabestros, y se llevaron al que debia haberse quedado, dejando, á petición del público, el de don Casimiro Lopez Puente. Al entorilar al toro que habian retirado de la plaza, sufrió una cogida cierto infeliz vaquero, de la que murió.

Guirnalda de flores.

Al aventajado lidiador Juan Yust, le arrojaron una desde un palco (11 de abril), en ocasion en que hubo descabellado al quinto toro. Lástima es que dicho jóven y simpático diestro, que por primera vez trabajó como matador en la plaza de Madrid el 4 de abril, falleciera á los cinco meses!

Ultima cogida de Roque Miranda.

En hora menguada cedió a espada Roque Miranda en el primer toro (6 de junio), á Francisco Ajoña Guillen (Cúchares), porque no bien se presentó aquel al segundo vicho (de Veragua), llamado Bravío, negro, algo gacho, cuando quedó embrocado y recibió dos cornadas en el muslo izquierdo. Tres veces el vicho recogió á Roque, y á ser mejor armado, hubiera el público presenciado otra catástrofe como la ocurrida con Pepe Hillo. Miranda marchó malparado á la enfermería, y Cúchares despachó al vicho de tres cortas á volapie, con grande esposicion, habiendo estado oportuno Isidro Santiago en un quite que le hizo, pues el vicho llevaba al matador embrocado.

Roque Miranda, aunque volvió á presentarse á estoquear en las últimas corridas de la temporada, tengo entendido que su muerte, ocurrida á principios del siguiente año, fué á consecuencia de la referida cogida.

Cogida del banderillero Azucena.

Por primera vez se presentó á trabajar en la plaza de la corte (5 de junio de 1843) el banderillero conocido por Azucena, el cual, al poner un par de banderillas al sesgo al primer toro (de Veragua), fué enganchado por éste y tirado á tierra, apesar de los esfuerzos hechos por el diestro y todos sus compañeros para quitarse e, no lo pudieron conseguir tan pronto, que no diese lugar á causarle varias heridas, siendo entre ellas la que le produjo la muerte á los pocos dias, una recibida en el costado izquierdo.

Toro de cabeza.

El primer vicho, de don Elias Gomez, (23 de junio) fué seguramente uno de los que pueden decirse de cabeza, de cartel y de todo cuanto pueda decirse para hacer comprender que fué un gran toro. En doce varas que le pusieron, mató once caballos, enviando á la enfermería al picador José Muñoz.

Mala suerte.

Habiendo salido José Redondo (el Chiclanero) á dar muerte al primer vicho (23 de mayo), fué cogido y tirado al alto por éste, al querer dar aquel uno de los passes. El público dió un grito de horror al creer muerto á este diestro; mas, afortunadamente, salió sin lesion, y acto continuo mató al animal de una por todo lo alto.

En la misma tarde, en uno de los passes que dió Antonio del Rio al segundo vicho, se vió cogido; mas, no pasó de pegarle un sendo revolcon, el

cual, aunque leve, fué lo suficiente para enviarle á la enfermería; por este motivo, el Chiclanero tuvo que matar seis toros.

Irresolucion.

En la plaza de Pamplona, el dia 8 de julio de 1845, el tercer toro (de Veragua) tomó tres varas; el público pidió perros, á lo que accedió el presidente; se echaron tres, que al poco rato fueron inutilizados. Poco despues se le soltaron otros dos, que nada hicieron, quedando triunfante el animal. Varias cuestiones debieron tener lugar para acordar la resolucion correspondiente; pues se vió á Cúchares dirigirse al toro con estoque y muleta; se retiró, y tomó los trastos el Chiclanero, saliendo por último los cabestros, conduciendo al vicho al corral, no sin bastante trabajo.

Fratricida.

En la tarde del 6 de julio se corrieron ocho toros: cuatro en plaza entera y cuatro en division de plaza. El sétimo y octavo, ó sean los segundos de la division, despues de recibir algunas varas, saltaron la barrera, y uno de ellos cogió á varios aficionados, de los cuales hirió á tres. Despues, el toro de la izquierda recibió un par de banderillas, y ninguno el de la derecha, el cual, habiendo vuelto á saltar la barrera, se encontró con su hermano, á quien mató de una cornada.

Gallardia de Gallardo.

El quinto toro, (29 de setiembre) llamado Fontela, del señor duque de Veragua, berrendo en rubio, de muchas libras, duro y pegajoso; tomó veinte varas y mató siete caballos, habiéndose retirado á la enfermería el picador José Muñoz, á consecuencia de un golpe que dió en la cabeza contra la barrera. Salió en su lugar el valiente Juan Gallardo, el cual puso á la punta de la pica su pañuelo en forma de banderola, con objeto de incitar mas el coraje del animalito, que acto continuo tomó tres varas.

Mala inteligencia de un chulo.

Muertos que fueron dos toros, de los lidiados en division de plaza (9 de octubre), al sonar los clarines para sacarlos del redondel; uno de los encargados de franquear á los toros la salida del chiquero, entendiendo que tocaban para que cumpliera su cometido, no vaciló en llevarlo á efecto, de suerte, que al mismo tiempo que entraban las mulillas, pisaba ya el toro la arena; en vista de lo que, la confusion y el desorden se apoderó de los operarios; el que se hallaba en la puerta divisoria, viendo

abierta la del Arrastradero, tuvo, sin embargo, la oportunidad de llamar al toro hacia la otra mitad de plaza, con el fin, como se deja comprender, de que pasara á ella, lo que se verificó; mas en el mismo momento entraba el segundo tiro de mulas, las que fueron libradas por los lidiadores, al mismo tiempo que estos distrajeron tambien al toro, para que no se escapara de la plaza, si reparaba en la puerta que se hallaba franca.

Toro saltarin.

Entre los toros que por lo saltarines de barrera, han llamado la pública atención, merece fijarla con especialidad en el sétimo, (28 de diciembre) cuya lidia concedió el presidente; á petición de los espectadores, y durante la que no saltó el animalito el olivo mas que ocho veces con la mayor limpieza, y no dejando casi trascurrir mas tiempo de uno á otro salto, que aquel que una vez dentro, invertia en volver á salir al rondel. Tocaron á la muerte, despues de que á duras penas, y en tal estado de huida, hubo recibido cuatro pullazos y dos pares y medio de banderillas; visto lo cual por Manuel Trigo, tuvo por conveniente aprovechar para darle un golletazo, una ocasion en que hallándose el toro en los medios, le arrancó.

Coincidencia.

En menos de quince dias, sufrieron cogidas de mas y menos consideracion, las principales notabilidades tauromáquicas de la época. En Jerez de la Frontera, (1.º de junio de 1846) sufrió una el célebre Montes; hé aqui cómo ocurrió esta desgracia: el sétimo toro de la corrida, negro, coli-blanco, bien encornado, bravo, boyante, de cinco años y llamado *Yeguerizo*; tomó doce varas, mató cuatro caballos y llevó tres pares de banderillas; sonaron los clarines, y el acreditado Montes, con todo su arte y bizzarria, se presentó ante el bravo é intencionado animal, dióle una en hueso, pero al ir á asegurarle otra á volapié, el público le vió mal parado, la fiera le embiste, y se advierte á la primera notabilidad tauromáquica que palidece, baja la espada y entrega la muleta á Juan Martin (la Santera), diciéndole al mismo tiempo: *toma Martin, que me ha muerto*. Todos creian ya, que á *Yeguerizo* le habia cabido la venganza de tantos de su especie como habia inmolado en los circos de España el célebre lidiador; pero gracias á Dios, sus dias no eran cumplidos, la herida, si bien de gravedad, fué perfectamente curada algun tiempo despues. El lastimado diestro se retiró de la plaza, y el susodicho Juan Martin lo vengó, dando al vicho dos en hueso recibiendo, un pinchazo y una buena, tambien recibiendo.

En el primer vicho, de Gaviria, (15 de junio) al tiempo de ponerle José Redondo una estocada recibiendo, fué cogido y echado como á media vara de altura, saliendo afortunadamente ileso de tan peligroso lance.

Francisco Arjona Guillen sufrió así mismo una cogida en la plaza de Córdoba, al tiempo de dar una estocada, siendo ésta tan magnífica que el toro no necesitó otra.

Cogida de Juan Lucas Blanco.

Habiendo dado este diestro una muy buena estocada recibiendo, al tercer toro, (15 de junio) de don Manuel Suarez, negro, bragado y de cabeza, cerrándose Blanco demasiado con él, fué cogido y malamente herido en el muslo izquierdo.

Alboroto público.

En la corrida verificada en la tarde del 31 de agosto, al retirar al octavo toro al corral, se lanzaron al redondel indignados contra el empresario, una gran parte de los espectadores, exigiendo del presidente el con digno castigo, en cuya disposicion de ánimos, apareció el piquete de infantería y se posesionó de las barreras, con cuya presencia, y algunas amonestaciones por parte del primer espada el Chiclanero, se calmó algun tanto el público, y cada cual fué volviendo á ocupar su asiento respectivo.

[Altercado.]

El domingo 27 de setiembre de 1846 presenció el público de Madrid un lance extraordinario. Francisco Arjona Guillen y José Redondo cogieron á la vez muletas y espadas, hicieron el saludo á duo y se dirigieron á escape al toro, que era el primero de la corrida y de Cabrera. Revueltos los dos con él, le dieron un pase cada uno; y Arjona, con mucha esposicion, y sin apartarse un palmo de la cabeza del vicho, consiguió darle muerte de un pinchazo á un tiempo y de un volapié regular. Entre tanto, el presidente dictaba nuevas órdenes en confusion, y todos los espectadores aplaudian y silbaban. Cuando el alboroto calmó algun tanto, los dos espadas fueron llamados por la autoridad. La cuestion fué que Cúchares, como mas antiguo, se creia con derecho á matar el primer toro, y el Chiclanero, habiendo sido ajustado por la empresa de primer espada, se consideraba con igual derecho.

Rejoneador célebre.

El caballero ahijado del Excmo. señor duque de Abrantes, el señor N. Romero, hizo recordar en las fiestas reales celebradas en este año, (16, 17 y 18 de octubre) los tiempos en que el memorable Cid Campeador fuera, alanceando toros, el asombro de toda una corte de Valladolid; pues dicho señor Romero, con tanto arrojo, acierto y gallardía, mató tres toros en el primero de los referidos dias, ó sea en la corrida de Corte; no logran

Era militar de caballeria Montpensier le regalo una magnifica espada por su...

do matar ninguno, en éste ni en el siguiente día, los otros caballeros rejoneadores que lo intentaron, habiendo uno de ellos salido muy mal parado, á consecuencia de una violenta caída.

Indulto.

En cierta corrida verificada en este año en San Felipe de Játiva (Valencia), salió un toro, á quien el público perdonó la vida, en vista de que, habiendo recibido el animalito treinta y siete puyazos, todavía entraba á las varas. Segun informes, pertenecía á los Sres. Fernandez, de aquella ciudad.

Leccion de un maestro á otro.

No pudiendo Gregorio Jordán poner ningun rehilete al quinto vicho, de Fuentes (17 de julio de 1847), por haberse entablero, Cúchares cogió tres pares, y puso al vicho dos, y uno suelto al sesgo, con bastante exposicion. En la corrida de este día, estrenaron los sirvientes de la plaza trages uniformes; compuestos de blusa corta, azul, faja y pantalon; y los multilleros estrenaron chaquetas de paño, pantalones blancos, chalecos con galones plateados y pañuelos para el cuello.

Corrida de toros en Cuenca.

En el mes de junio del 48 se estrenó en Cuenca la plaza construida para correr toros. De todos los lances notables que ocurrieron, es decir, de lo muy mala que fué la primera corrida, lo que mas llamó la atencion fué que un toro, despues de recibir mas de treinta estocadas, salió vivo de la plaza. ¡Cuánto atrevimiento! ¡Qué matadores hay tan osados!

Salto mortal.

La corrida que se verificó en Sevilla el 4 de junio de 1848, fué la mas hucida de la temporada. Es imposible describir la bravura de los toros que se lidiaron aquella tarde, que eran de Lesaca y Concha Sierra. El cuarto toro dió motivo para que se repitiese el antiguo adágio de «la gente en la plaza y el toro en el andamio», pues hizo una ascension á los tendidos de sol. Resultó de dicho salto, que además de catorce personas que fueron á la enfermería, hubo mas de doce lastimadas, algunas de bastante gravedad, pues las fracturas de piernas y brazos fueron bastantes, habiéndose estraviado muchas prendas en aquella confusion, cuyas oleadas se asemejaban á las del mar alborotado. El célebre matador José Redondo, recibió como presente de su alteza el duque de Montpensier, un magnifico alfiler de brillantes, en recompensa del arrojo con que mató al toro.

Corrida extraordinaria, extraordinaria.

De los siete toros que se presentaron en la plaza, (21 de agosto de 1848) tres eran tuertos; otros dos, tan corni-cerrados, que casi no podían cornear, y finalmente, uno cojo. Por esta razon, y por la de haber sido echado al corral el toro segundo, y llevado perros el sétimo, el presidente (señor conde de Vista-hermosa), ordenó que se corriera una res de gracia, pero no la habia; y la Empresa hizo salir al redondel al segundo toro que se habia mandado retirar por no ser de recibo; el público se alborotó, y la autoridad mandó, que, sin lidiarse el toro, le echaran perros, como se verificó. En seguida se vió al empresario de las funciones de toros, atravesar la plaza, rodeado de bastantes alguaciles; pena á que fué condenado por el señor Vista-hermosa, en atencion á las faltas que habia sufrido el público.

Golpe descomunat.

Al fijar José Trigo á tercera vara al cuarto vicho, de Salvatierra, (18 de setiembre) fué despedido el diestro y arrojado entre barreras, de resultas de cuyo tremendo golpe le tuvieron que retirar á la enfermería.

¡Pobre raza canina!

El sexto toro, de Aleas, (2 de julio de 1849) se defendió de una manera tan asombrosa de los perros que le fueron echados, que despues de matar tres, inutilizar cuatro y estropear doce, no logrando sujetarle, le mató el cachetero, lo mas traidoramente imaginable, siendo de estrañar que el señor presidente consintiera, que sin estar el toro sujeto por los perros se le diera muerte. Mas afortunado fué el quinto vicho, tambien de Aleas, de la corrida verificada el 9 de seliembre, pues habiendo tambien dejado fuera de combate á todos los canes adversarios, no murió desjarretado, como fué sentenciado, sino que á peticion del público se le perdonó la vida.

Salida del toro Caramelo, vencedor del tigre y del leon, en la lucha verificada el miércoles 15 de agosto.

El domingo 9 de setiembre, tomó arena por segunda vez el toro perteneciente á la ganadería de don Manuel Suarez Jimenez. El vicho salió adornado con una gran moña lila y blanca, la que le fué arrancada por el nuevo picador Carlos Puerto, y regalada por éste al señor duque de Veragua. El célebre Caramelo no desmintió su fama; salió boyante y bravo, y tomó doce varas matando tres caballos; le clavaron dos pares de banderillas, y la autoridad, accediendo á lo que el público pedia, concedió la vida al va-

liente toro, que volvió al corral entre las aclamaciones del Pueblo; siendo á las pocas horas curado de sus heridas por el inteligente Cúchares, que, apenas cambió de traje, volvió á la plaza y se las sajó todas, quemándolas luego con aceite hirviendo.

En el cuarto lugar de los seis toros lidiados el 11 de noviembre, se volvió á presentar Caramelo en la plaza de Madrid, adornado con guirnaldas de flores y con una elegante moña en vez de divisa; el público le acogió con una salva de aplausos; Julian Casas (el Salamanquino) y Cayetano Sanz y algun que otro banderillero, hicieron con él varias suertes, aunque con poco lucimiento, porque el vicho se mostró muy receloso, y no dió juego ninguno. Finalmente, los cabestros le retiraron al corral, entre la segunda salva de aplausos.

He terminado el trabajo que me impuse al concebir la idea de publicar estas *Páginas*; hallándose consignados en ellas los hechos mas notables de la lidia, desde tiempo inmemorial hasta 1849, he creído inoportuno el narrar los acaecidos en los siguientes años, toda vez que de una manera digna, se ha venido encargando de hacerlo el periódico titulado *El Enano*, tan conocido como recomendable entre los aficionados.

SONETO

A FRANCISCO ARJONA GUILLEN.

¿Quién es el héroe famoso
que mata con ligereza,
con valor y con nobleza,
y con talento también?

¿Quién?
Francisco Arjona Guillen.

¿Quién, entre aplausos y gloria,
camina nada orgulloso,
y resiste, valeroso,
de la opinion el vaiven?

¿Quién?
Francisco Arjona Guillen.

¿Quién es el inteligente
y de la lidia el maestro,
que nadie iguala en lo diestro
y en lo oportuno también?

¿Quién?
Francisco Arjona Guillen.

¿Quién, en la plaza, afanoso,
con su capote auxilia
al diestro que se veía
perdido en aquel belén?

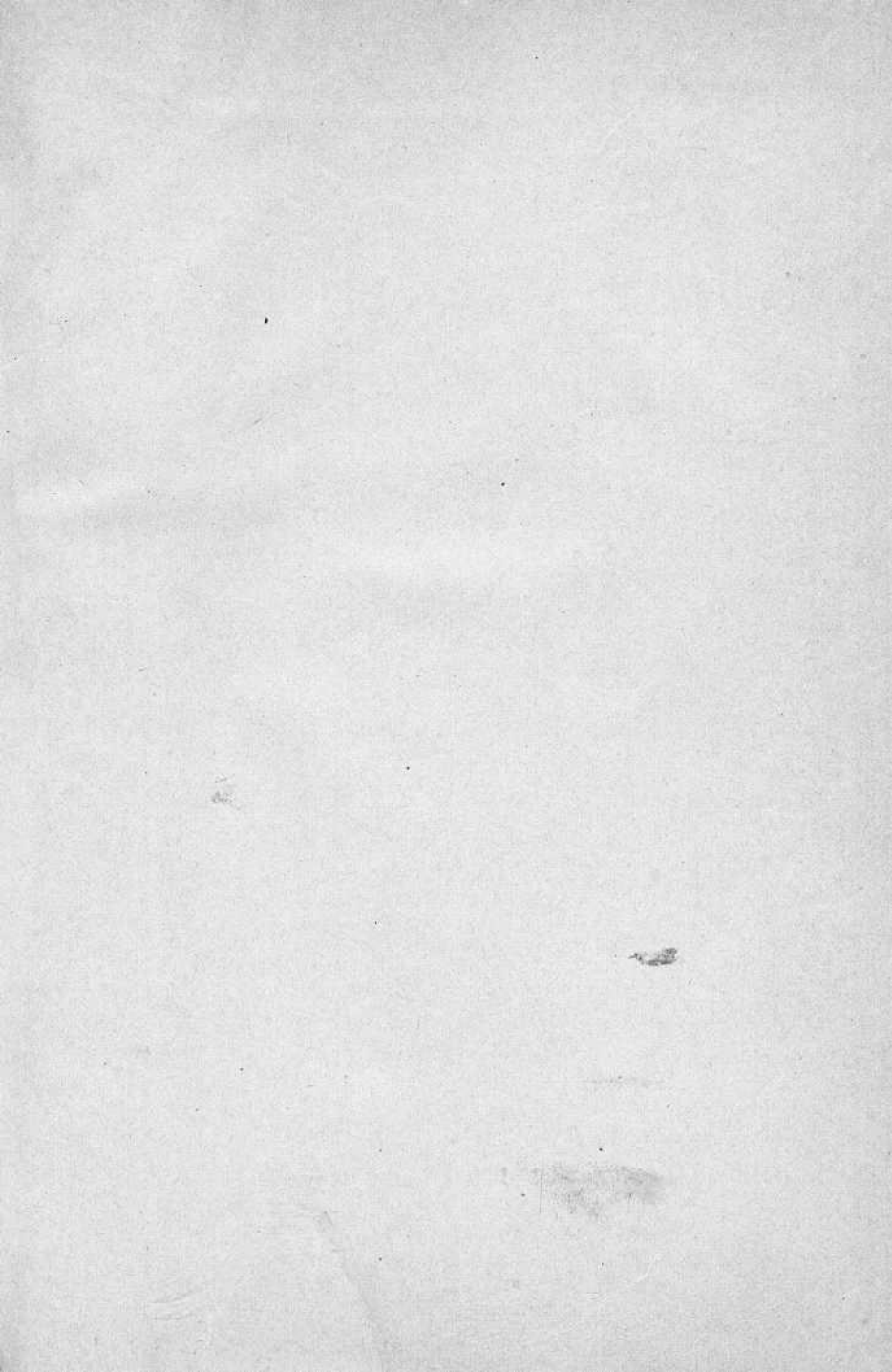
¿Quién?
Francisco Arjona Guillen.

¿Quién pone á raya el valor
y constancia en la faena,
y bien plantado en la arena
ve la envidia con desdén?

¿Quién?
Francisco Arjona Guillen.

¿Quién mas vichillos ha muerto,
y mas plazas ha corrido,
y aplausos ha recibido
mas que uvas hay en Jaen?

¿Quién?
Francisco Arjona Guillen.



Est. 2

635

